

oposiciones jerárquicas interconectadas; por ejemplo, origen y derivación, dentro y fuera, escrito y hablado, central y marginal, literal y figurado. Estas oposiciones, dice, son inestables; es más, son reversibles. Rastros de tal reversibilidad están «inscritos» en el texto mismo. Se trata de una inscripción depositada en él, sin saberlo, por el mismo escritor, lo cual ocurre debido a la duplicidad epistemológica del lenguaje, instrumento con que el escritor trabaja.

Veamos ahora el caso ejemplar: Freud. La teoría psicoanalítica debe ser hoy entendida como el reverso de ciertas oposiciones jerárquicas que organizan la imaginación occidental; oposiciones jerárquicas tales como normal y anormal, consciente e inconsciente, el concepto mismo de vida y muerte. Consúltese *Beyond the Pleasure Principle*. Y esto porque cada una de estas instancias, que todo el mundo considera *primarias*, se revela derivativa, esto es, secundaria en el análisis que Freud hace de ellas. Para Derrida, Freud resulta ser el gran precursor del desconstruccionismo. Tanto la teoría freudiana como su praxis terapéutica, añade Derrida, se basan sobre la convicción de que para explicar la disfunción psicológica y neurótica de las primerísimas experiencias del niño es necesario descubrir los orígenes «definitivos» de disfuncionalidad y neurosis. Pero en su esfuerzo por llegar al origen mismo de la enfermedad, Freud ha variado a menudo sus observaciones. Tanto las metáforas que usa como la lógica implícita en su argumentación revelaron al mismo Freud que el «acontecimiento original» no es exactamente un acontecimiento, sino un fuego fatuo.

Derrida encuentra que toda escena primaria, ya sea producto de la teorización de Freud o de su práctica psicoanalítica, no es nunca primaria, y en cambio es siempre una invención: la representación de algo nunca ocurrido antes o, a veces, de ninguna apropiación inmediata. Dice Derrida que el texto inconsciente en archivos que son siempre «ya transcripciones». Orígenes. Estampas originales. Pero bromeamos. Todo, todo empieza con la repetición.

Con una pizca de ironía, observa el profesor Alter que el efecto de esta lectura freudiana es hacer dar a Freud un giro de ciento ochenta grados sobre su propio eje. Tratar de determinar el origen del fuerte impacto neurótico sobre el misterio de la psiquis infantil es redefinido por Derrida y sus secuaces como una regresión infinita de representaciones y derivaciones.

## 5. La paranoia académica

El profesor Paul B. Armstrong no llama claramente «terroristas» a los desconstruccionistas de Yale y a su mentor, Jacques Derrida; pero si a veces los llama anarquistas, y otras nihilistas, ya absolutistas, ya teóricos monistas que han declarado guerra abierta al pluralismo crítico. A Armstrong le sorprende y desconcierta que críticos americanos tales como Norman Holland y Stanley Fish, por otra parte relativistas, tengan idénticas cualificaciones descalificantes que los desconstruccionistas. En cierto sentido, monistas también lo son E. D. Hirsch y Wellek. Estos están unidos por su oposición a una visión pluralística de interpretaciones que permita una igualmente «correcta» diversidad de lecturas. Pero tampoco satisfacen. Aunque el desacuerdo es legítimo, la crítica está en estado de poder decir que algunas lecturas

son equivocadas, no simplemente diferentes. Armstrong afirma que la crítica contemporánea necesita una teoría de limitado pluralismo que explique la paradoja de la crítica misma y trace una vía media entre los anárquicos, los absolutistas y los relativistas radicales.

Armstrong, y con él Wayne Booth, quiere encontrar no un consenso exclusivístico, sino una arena de «sana» discusión; y cita a Peirce, James, Spitzer, y a otros, a tantos otros. Peirce recomienda que las opiniones críticas sirvan no sólo al individuo sino a la comunidad. Spitzer, por su parte, asume que el ideal de la crítica literaria sea el de encontrar un *consensus omnium* respecto de una obra, en un juego de perfecta intersubjetividad con todas las mentes; y William James, adversario del monismo, nos exhorta a creer, a nuestro riesgo, en todo asunto que sea lo bastante vivo para que nos tiente, añadiendo, sin embargo, que cada convicción tiene invariablemente sus consecuencias, y estas pueden ser tales que a veces reboten y nos hagan dudar de toda convicción. Peirce no se cansa de aconsejarnos contra toda prematura y dogmática fijación de una creencia.

En la práctica este conflicto, en toda clase de interpretaciones, puede resultar saludable; pero la arrogante imposición de un único punto de vista no es nunca saludable. Cuando, en efecto, un método, sea cual sea, eleva un aspecto de la existencia a un estado privilegiado, sus asunciones en esa área pueden tener severas implicaciones en otras áreas, incompatibles con las presuposiciones de otra hermenéutica. Por ejemplo, el estructuralismo y el marxismo difieren radicalmente en sus respectivas lecturas de la literatura griega. Los marxistas están convencidos de que el ser humano es una criatura social cuya naturaleza cambia a la par de su cotidiana experiencia histórica y cultural. Lévi-Strauss asume, en cambio, que el ser humano es un animal lingüístico definido por su inmutable capacidad de ordenar el universo a base de oposiciones binarias. Lévi-Strauss afirma que todas las versiones de la historia de Edipo, desde Sófocles hasta Freud, son variantes de la misma estructura mítica porque todas están centradas en la misma contradicción.

Ahora bien, los puntos de vista del estructuralismo acerca del lenguaje y de los credos marxistas acerca de la sociedad, conducen a una inevitable e irreconciliable discordia acerca de la naturaleza humana. ¿Es esta fundamentalmente universal o es radicalmente histórica? En una palabra, el absolutismo, dondequiera se le encuentre, da siempre miedo.

Es interesante asomarse a la ventana y observar lo que ocurre en la calle. Sin embargo, en este momento de paranoia académica, en el seno de la Academia es difícil no tomar parte; demasiadas cosas están en estado de revolución, cambio, aniquilación, muerte y, quizá, renacimiento. Ciertamente, vale la pena hablar del actual debate acerca de la validez de la interpretación y ver cómo se comportan en esa batalla los monistas y los pluralistas, los radicales de izquierda y los radicales de derecha. A decir verdad, los pluralistas están más resentidos y son menos interesantes. y puesto que la batalla está abierta y produce sangre, será necesario como discurso, pegar un vistazo a los «terroristas» y sus estrategias. Justamente porque es un nuevo discurso. ¿Pero es, verdaderamente, un nuevo discurso? ¿Es que ya no creemos al *pater familias*? ¡Sí,

no! ¿Es que ya no creemos en el orden jerárquico de las instituciones? ¡Sí, no! ¿Es que ya no creemos en la Providencia? —la de G. B. Vico, se entiende—. ¡Sí, no!

Dudo, luego existo. No, no, no: ¡no existo verdaderamente!

¿Es quizá de esta ambivalencia trágica ente el orden y el desorden, la razón y la locura (¡más oposiciones jerárquicas a la Derrida!), de donde nace el dolor? Un dolor que, por otra parte, no tiene rostro, no tiene nombre. Esto es, el dolor más verdadero. ¿Es exactamente —no, no exactamente—, lo que el profesor Edward Said ha creído identificar en el aspecto anónimo del poder? Bueno, he dicho y escrito «aspecto» es decir, «cara», es decir, «personalidad». ¿Pero no he dicho y escrito antes que el dolor más verdadero no tiene cara, no tiene nombre, precisamente porque está en relación y contraste con la anónima energía del poder? ¡Otra metáfora! Mi dolor de hombre y de escritor, y en este momento, de profesor, en verdad no es original aunque sea verdadero y auténtico; es derivativo porque ha estado mediado por el lenguaje que no ha sabido cómo remontarse al origen del dolor. Hablando de anonimidad, ¿dónde es asible su origen? ¡Qué! Después de todo, Jacques Derrida y sus discípulos tendrán razón.

En lo más hondo, en lo verdaderamente más hondo del «texto» del dolor no está el dolor, sino el vacío. *Hollowness*, dice Paul de Man, uno de los cuatro de la escuela de Yale; y lo dice después de hacer desconstruido a Rainer María Rilke de todas sus seducciones, de todas sus elasticidades retóricas. Lo que queda, afirma de Man, es el espacio vacío de un cielo irreal. Por esto, lo que había antes, el edificio poético que había antes, ahora totalmente desfigurado, no aparece más como un verdadero edificio: era una mentira. La promesa de Rilke, asevera de Man —aquella promesa que sus apasionados comentadores han descrito en toda su severa complejidad, cegados por su propia fe—, aquella promesa se sitúa ahora en la disolvente perspectiva de la mentira.

## 6. Idólatras e iconoclastas

No. Derrida y sus discípulos no son terroristas, son iconoclastas, dice Robert Alter. Iconoclastas, como sus inmediatos predecesores americanos, los *New Critics*, eran idólatras.

Alter prefiere la ironía a la polémica y observa que la crítica angloamericana es notoriamente bonachona, de sentido común, empírica, renuente a examinar a fondo los andamios conceptuales de sus empresas. La desconstrucción tiene algunas ventajas, ¿por qué no? Ha fomentado cierto severo escepticismo acerca de las precedentes y no examinadas presuposiciones de que los significados de un trabajo literario, ahora llamado «texto», en último análisis sean unitarios y de que todas las aparentes tensiones que provoca sean resolubles en una gloriosa síntesis de significado poético.

Cuando fui invitado a enseñar en Yale, en 1960, venía yo de Italia con mi pasaporte de escritor, no de profesor o crítico. Es verdad que en 1959 había publicado en Italia un libro crítico que había enloquecido a toda la *intelligentzia*; yo era un iconoclasta, un destructor *ante litteram*. En América comencé a reflexionar, a mirar alrededor con perspicacia crítica. Comencé a caminar, por decirlo así, con pies

de plomo. La crítica es un inmenso trenal que contiene de todo, especialmente arenas movedizas.

Me transformé en profesor tratando de conversar en las horas nocturnas el escritor de novelas y leyendas, el arquitecto soñador que cada vez que inicia un trabajo siente el pánico de esa hoja en blanco que él quiere llenar de lenguaje, siendo la hoja en blanco un mudo informe que quiere organizar para poder entenderlo. Uno de sus trabajos se llama *Graffiti*, y es la novela de una novela de una novela que, como obra en sí, tiene otro título y se funda sobre el principio del giroscopio que el profesor Shattuck ha identificado en Jarry.

Cuando llegué a Yale, los «New Critics» estaban por abandonar la escena. Su dominio había durado unos treinta años. Paul de Man, venido de Bélgica, estaba allí. Allí se habían educado Geoffrey Hartman y Harold Bloom, mientras que J. Hillis Miller, el mayor de ellos, había iniciado su carrera todavía como «New Critic». Estos son, hoy día, los doctrinarios de la Escuela de Yale, iluminados por Derrida como ayer los «New Critics» habían sido iluminados por Croce.

Comenzaron a tener una cara hacia la mitad de 1970. Y su primer blanco fueron, precisamente, los «New Critics», en cuyos sillones están hoy sentados ellos. ¿Será verdad que la primera rebelión de nuestra existencia ocurre en el seno de la familia? Con el psicoanálisis hemos comprendido que la primera mujer que el niño desea poseer es su madre. La autobiografía de Stendhal, *Henry Brulard*, ha sido interpretada con bastante énfasis a la luz de Freud. Y el primer hombre que el niño odia es su padre. El hijo elimina al padre empujado por esta rebelión contra la autoridad. Lo que él quiere es ser el padre, tener su poder. No lo confirma Harold Bloom quien, aunque rechazando la pantextualidad de Derrida, toma de nuevo el hilo del tema desconstruccionista del imperativo edípico.

En el plano político, es la idea de Cola di Rienzo, la de Masaniello. El héroe mata al tirano para tomarle su puesto. Sin darse cuenta inmediatamente de que, a su vez, se transforma en tirano. Este es el meollo de las tragedias de Alfieri.

¿Qué eran los New Critics? Idólatras. Los desconstruccionistas, ¿qué son? Iconoclastas. ¿Cuál es la diferencia entre las dos escuelas? Los primeros idolatraban la obra literaria; los segundos dirigen su desconstrucción ya hacia el texto, ya hacia sus excrecencias críticas. El idólatra adora una ilusión; iconoclasta es quien derrumba las imágenes sagradas, los mitos, y desfigura las formas humanas. Quien adora el dólar no es mejor que quien lo quema.

El mes de marzo pasado, Italo Calvino vino a hablar en Nueva York. Habló sobre el mismo asunto que yo ahora. Ha hablado con gentil pasión, como escritor, como quien crea o repite formas e ilusiones usando un medio que todos poseen pero pocos saben organizar: el lenguaje. Calvino es de mi misma generación. Comenzamos a escribir después de la segunda guerra mundial, empujados por el ansia de confesarnos, de decir lo que de muchachos habíamos visto en aquella atroz guerra, en valles y montañas, de la resistencia italiana, uno en un lado, el otro en otro. Aunque diferentes, habíamos comprendido que teníamos algo en común: el escribir. Cesare Pavese lo vio inmediatamente tanto en Calvino como en mí; precisamente Pavese fue nuestro mentor.

Yo también hubiera querido, ahora en Madrid, decir como escritor. He preferido,